

A Alberto Aizpún y a sus compañeros de época, in memoriam

José Javier Etayo

El pasado mes de febrero recibimos la noticia de que había fallecido Alberto Aizpún, nuestro compañero de tantos años en la Sociedad. Llevaba un tiempo con la salud quebrantada, hasta el punto de que había ido pasando los trastos en una labor que desempeñó como nadie podría hacerlo, la Tesorería de la Puig Adam, en esa complicada tesitura del que es tesorero sin tesoro. Con su fallecimiento desaparece la presencia entre nosotros de los matemáticos nacidos en los años 20, cuando él era el decano de todos ellos. Para nuestra Sociedad, como dejan patentes los números de homenaje que venimos publicando, estos últimos tiempos han sido una sangría que nos deja un vacío muy hondo. Como ya en nuestro anterior Boletín se publicó una detallada, aunque fuera urgente, semblanza de la personalidad de Aizpún, me ha parecido preferible aprovechar estas líneas para exponer algunas ideas que me suscita su fallecimiento, y la extinción de la generación a la que él pertenecía. Quizá resulten un poco deslavazadas, pero vienen al hilo de lo que he ido pensando al repasar el curriculum de estos compañeros que hemos ido perdiendo en nuestra Sociedad, y en el mundo matemático español, estos últimos años.

Alberto había nacido en Pamplona, allá en 1920. Y empezó su actividad docente desde abajo, como Maestro de Enseñanza Primaria, en 1945, tras una oposición en la que obtuvo el número 1. Tampoco entonces era fácil, en la Universidad, en los Institutos, y aun en la Enseñanza Primaria, las convocatorias de plazas llegaban con cuentagotas, y la competencia por ellas era tremenda. Hace unos meses intervine en un acto de homenaje a otro de nuestros compañeros fallecidos, Julio Fernández Biarge. Para preparar mis palabras, hice un rastreo, y localicé en el Boletín Oficial del Estado la publicación de las listas de admitidos a las oposiciones a tres cátedras de Instituto a las que se presentó, y que ganó. Creo que merece la pena detenerse un poco en ellas.

Por Orden de 13 de octubre de 1949 se convocaron a oposición libre cátedras de Matemáticas de los Institutos San Isidro de Madrid, Luis Vives de Valencia y Maragall de Zaragoza. La lista provisional de aspirantes se publicó por Resolución de 13 de febrero de 1950. Sin duda ante el hecho insólito de ser nada menos que tres las cátedras convocadas, la relación se extendía por un par de páginas del Boletín, con un total de 69 firmantes. Pero lo sorprendente es repasar los nombres. Han pasado 65 años, pero uno encuentra en esa relación de aspirantes a cátedras de Instituto a muchísimos nombres conocidos; espigando un poco, Federico Gaeta, Rafael Rodríguez Vidal, Eduardo García-Rodeja, Luis Esteban Carrasco, Luis Vigil, Baltasar Rodríguez-Salinas, Juan Marín Tejerizo, Julio Fernández Biarge, Antonio de Castro, Juan Casulleras, Juan Gutiérrez Suárez, José Teixidor, Norberto Cuesta. Hay que añadir con orgullo de amigos que entre esa lista, y para tres plazas, Biarge salió catedrático de San Isidro. Pero esto nos da una idea de cómo estaban de complicadas las cosas.

Hay más conocidos en esa relación. También hay señoras, claro. Entre ellas me gustaría resaltar a Griselda Pascual, que tuvo también una larga vida docente, fue Catedrática de Instituto, y miembro de la Junta Directiva de la Real Sociedad Matemática Española. Para los algebristas, además, es muy notoria como traductora del libro de Atiyah – McDonald.

Y hablando de algebristas y de mujeres, viene al hilo que recordemos aquí a María Josefa Wonenburger. Como marchó de España se perdió su rastro entre las nuevas generaciones, pero en los años 50 era una de los matemáticos en formación que se preparaban en Madrid. En 2006, María José Souto y Ana Tarrío publicaron en la Gaceta de la Real Sociedad Matemática Española un excelente trabajo sobre su vida y sobre su actividad matemática. Entonces la descubrieron muchos que ignoraban por completo su origen y su formación; que eran bien conocidos por el mundo matemático madrileño de finales de los 50 y principios de los 60. Se había licenciado en la Universidad de Madrid en 1950, cursando el Plan de Estudios aprobado por Orden de 4 de septiembre de 1943 y Decreto de 7 de julio de 1944. Estas normas tenían origen en la Ley de 29 de julio de 1943, y cambiaban el nombre

de la Sección en la Facultad de Ciencias, de Ciencias Exactas a Ciencias Matemáticas. La primera promoción que completó sus estudios por este Plan terminó en 1948, y no entiendo por qué se ha escrito que Wonenburger pertenecía a la primera promoción de Matemáticas. Pero sobre las cosas que se han escrito sobre ella volveré después. Terminada la Licenciatura, cursó los estudios de doctorado bajo la dirección de Germán Ancochea y Tomás Rodríguez Bachiller. Y en 1953 obtuvo una Beca Fullbright y marchó a Estados Unidos, doctorándose en Yale en 1957.

Una vez doctora regresó a España, y durante tres años trabajó como becaria en el Instituto Jorge Juan del CSIC, realizando su tesis doctoral dirigida por Germán Ancochea, pues la de Yale no le había sido convalidada. Fruto de este tiempo, son tres artículos publicados en 1960 en la Revista Matemática Hispano-Americana, y dos en Gaceta Matemática, en 1960 y 1961, así como el propio texto de la tesis que se publicó, como era usual, como memoria del Instituto Jorge Juan. En la versión en inglés, con la nota bien precisa de “This paper is the translation of the author’s doctoral dissertation presented to the University of Madrid and written under the guidance of Professor G. Ancochea. The research was supported by the Fundación March”. Para hacernos una idea de la época, los autores que firman en la ‘Hispano’ en 1960 son Joaquín Arregui, Francisco Botella, José Javier Etayo, Darío Maravall, Eduardo García-Rodeja, Juan Sancho Guimerá, Wonenburger, y dos extranjeros. En 24 de noviembre de 1961, la Junta Directiva de la Real Sociedad Matemática Española “acuerda conceder los premios correspondientes al año 1960 para autores de artículos publicados en Gaceta Matemática a D. José Javier Etayo Miqueo y D^a María Luisa (evidente error) Wonenburger”.

A partir de 1961 se trasladó con una beca a Canadá y después a Estados Unidos. En América desarrolló una fructífera carrera, tanto en su investigación propia como en la dirección de discípulos, entre los que destacó sobremanera Robert Moody. Esta actividad, a partir de aquí internacional, no fue obstáculo para que en 1962 y 1964 publicara otros dos artículos en la Revista Matemática Hispano-Americana.

Después de haber sido redescubierta en 2006, cuando falleció el pasado año hubo que leer cosas extrañísimas en una especie de hagiografía que seguro que habría molestado mucho a la interesada. Así, por ejemplo, y son transcripciones textuales, “*Investigar en Matemáticas en los difíciles tiempos de la postguerra española requería pasión por la ciencia y una enorme fortaleza mental y moral para seguir un camino vocacional. Gracias a becas extranjeras se le abrieron las puertas de entrada a universidades y a centros de investigación punteros. En la universidad española de la época no había sitio para el talento investigador de María, ni entorno profesional para el ‘exotismo’ de una matemática*”. O este otro, “*La algebrista y matemática se vio obligada a continuar su carrera fuera de España porque en su propio país no se reconocía el doctorado que había cursado en la universidad de Yale*”. También, “*el caso de María Wonenburger sería uno de los más actuales, pero a pesar de ello encontró grandes dificultades para realizar su trabajo por el hecho de ser una mujer*”. Y, para no cansar más, “*Pero en la España de la dictadura franquista ser mujer y científica no era bien visto. (...) La joven catedrática (sic!) se vio obligada a doctorarse de nuevo en Madrid en 1960, por segunda vez, con ni siquiera la garantía de poder optar luego a unas oposiciones de profesora para conseguir, a lo mejor y con un poco de suerte, una plaza en algún instituto*”.

No merece la pena detenerse a comentar, una por una, tantas tonterías seguidas. Del relato de su actividad madrileña en los años 50 parece claro que María Josefa Wonenburger fue tratada exactamente como todos sus compañeros de formación de la época, que fue respetada y apreciada por ellos –eso me consta personalmente– y que tuvo la opción de marchar a América y la aprovechó con gran éxito profesional, lo que también habla alto de la calidad de la formación recibida en sus estudios de Licenciatura. De modo que ella continuó su carrera al otro lado del Océano, mientras sus compañeros la seguían en España. También he podido leer que “*no le podían ofrecer nada, sino que se presentara a una oposición, y ni siquiera con la garantía de sacarla*”. Anda, pues claro, como todos los demás, entonces y ahora, hombres o mujeres. Basta para ello repasar los Boletines Oficiales del Estado de finales de los 50 y principios de los 60. Por no aburrir más al lector, transcribiremos la Resolución de 24 de noviembre de 1959 del Director General de Enseñanzas Técnicas, a la sazón Gregorio Millán, que publicaba los aspirantes a la cátedra de Matemáticas de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Telecomunicación: Gustavo Agudo, José Joaquín Parreño, Enrique Juan, Carlos Ibáñez, Juan Sancho Guimerá, José Javier Etayo, Julio Fernández Biarge, Joaquín Arregui,

Procopio Zoroa, Antonio Jover, Julio Flórez, Luis Esteban Carrasco, Mariano Ros y Manuel Benito, un bonito total de catorce firmantes. Y, por pasar al ámbito de la Universidad, la de 18 de octubre de 1960 del Director General de Enseñanza Universitaria, Torcuato Fernández-Miranda, para las cátedras de Geometría proyectiva y Geometría descriptiva de las Universidades de Barcelona y Santiago: Luis Esteban Carrasco, José Javier Etayo, Joaquín Arregui, Juan Sancho Guimerá y Eduardo García-Rodeja.

Ya que estamos hablando de matemáticas en aquellos años, me permito ofrecer un nombre a las rastreadoras de pioneras que tanto abundan: el de María Cinta Badillo. Terminó sus estudios en la Universidad de Madrid en 1948, ella sí pertenecía a la primera promoción del plan de estudios que introdujo la denominación de Ciencias Matemáticas; la promoción, por ejemplo, de Baltasar Rodríguez-Salinas. Ella también se inició a la investigación en el Instituto Jorge Juan, bajo la dirección de Rodríguez Bachiller, en temas de lógica matemática. Asistió al International Congress of Mathematicians de Amsterdam en 1954, la primera española que fue a un ICM, y presentó un trabajo, cuyo resumen aparece en las actas del Congreso (vol. I, pág. 537). En dichas Actas aparece como “Ayudante de Equipo de Cálculo Electrónico del CSIC y de la Sociedad Española de Cibernética”. En MathSciNet aparecen tres trabajos suyos de investigación, “Esquemas representativos de sistemas regidos por una lógica polivalente” (que es el trabajo presentado en el ICM), “Automatización de los silogismos en la lógica polivalente” y “Nuevas posibilidades en lógica trivalente y problemas resueltos con relevos y redes”, todos publicados en la Revista de Cálculo Automático y Cibernética, respectivamente en 1955, 1956 y 1958. En la recensión del primero se dice, en francés, que “l’auteur considère des circuits comportant, au lieu des interrupteurs ordinaires, ce qu’il appelle des “roues dentées électroniques”. Aparte de tratarle en masculino (ella había firmado M.C. Badillo), recuérdese en cuanto al trabajo en sí que estamos hablando de 1955. En realidad publicó más trabajos en esa revista pionera en España –y en el mundo– sobre lo que ahora llamamos Informática, y también en Gaceta Matemática. En 1961 obtuvo, junto con Eduardo García-Rodeja, el mismo premio a los autores de trabajos publicados en Gaceta Matemática que el año anterior se había concedido a Wonenburger. El trabajo premiado era “Lógica polivalente de los sistemas”, que había sido presentado en la I Reunión Anual de Matemáticos Españoles. Y participó también en la vida asociativa de esta ciencia naciente: el 25 de mayo de 1953, en el Palacio de Comunicaciones de Madrid, se celebró la primera sesión científica de la Sociedad Española de Cibernética, con participación de D^a María de la Cinta Badillo, D. Angel González del Valle, y D. Valentín Quintas. La Sociedad, “primera de su clase en el mundo”, había realizado su sesión inaugural en el mismo lugar el día 22. “El profesor Rodríguez Bachiller hizo un profundo análisis de la función de la matemática en la Cibernética”, y después el Sr. Fernández de la Mora trató de las vinculaciones entre la Cibernética y la Sociología, y “a título de ejemplo estudió las posibles repercusiones políticas de los progresos cibernéticos llevados al límite”. No vamos a comentar las conclusiones que extraía de ello el sr. Fernández de la Mora, pero no parece que anduvieran muy desencaminados estos pioneros de hace 60 años. Y entre ellos, y destacadamente, la Srta. Badillo, a la que no estaría de más que alguien dedicara un estudio monográfico.

Hecho este excursus por algunos de nuestros matemáticos emergentes de los años 50, hora es de que volvamos a fijar la atención en Alberto Aizpún. Lo hemos dejado como opositor triunfante al cuerpo de Maestros de Enseñanza Primaria en 1945. Pero continuó estudiando, como toda su vida, y en 1953 obtuvo la Licenciatura en Matemáticas en la Universidad de Barcelona. Habiendo ejercido como maestro en una escuela unitaria durante nueve años, en 1959 obtuvo la Cátedra de Matemáticas de la Escuela Normal “María Díaz Jiménez”. En ella desarrolló desde entonces su actividad, que colmó todos los aspectos que se esperan de un profesor universitario.

En primer lugar, por supuesto, la dedicación esforzada a la docencia. En su caso, a conseguir que los aspirantes a maestros tuvieran la mejor preparación; esfuerzo que le llevó a sufrir injustos sinsabores, bien difundidos por cierta prensa, cuando algunos alumnos se quejaron del nivel de la materia. Por otra parte, mediante la labor de difusión, dando a la stampa publicaciones sobre la enseñanza de la matemática, en lo que perseveró hasta edad avanzadísima cuidando de nuestro Boletín, y siendo el delegado de la Sociedad en la revista SUMA, de la Federación de Sociedades, junto con su esposa Mercedes. Probablemente entre sus publicaciones destaque “Teoría y didáctica de

la Matemática actual” aparecido en 1969. En esta preocupación por la didáctica, intervino también en numerosos cursos de formación sobre la entonces llamada “Matemática moderna”. Y además, innovando: al buscar documentación para redactar estas breves notas, he localizado unas “Máquinas de Alberto Aizpún”, creadas en el transcurso de los años 70, y difundidas desde su Escuela y los Programas de Formación y Actualización del Profesorado de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (U.N.E.D.).

Por último, pero no irrelevante, con la participación en la gestión. Cuando “sólo” era el catedrático de Matemáticas de la Escuela, llegó el momento de la integración de las Escuelas Normales en la Universidad, como consecuencia de lo dispuesto en la Ley General de Educación de 1970. Por Resolución de 31 de julio de 1972 del Director General de Universidades e Investigación, Luis Suárez, se nombró la Comisión Gestora de Integración: los Catedráticos de la Universidad Anselmo Romero y José Javier Etayo, el Profesor Agregado José Fradejas, la Directora de la Escuela Julia Morrós, y el Catedrático de la misma Alberto Aizpún. Ya integrada la Escuela en la Universidad, se hizo cargo de su dirección, cuando a propuesta de la Universidad, fue nombrado por Orden de 26 de abril de 1974, firmada por el Subsecretario del Ministerio, Federico Mayor Zaragoza. Continuaría sirviendo este cargo durante casi diez años.

Pero quizá la mejor descripción sobre el Alberto docente nos la dé Fernando Alonso Molina, cuando obtuvo el Premio Gonzalo Sánchez Vázquez: *“mi primer maestro fue Alberto Aizpún. Mi primera experiencia como profesor la tuve en la Escuela de Magisterio de la que él era director. Se daba la paradoja de que yo me iniciaba en la enseñanza dando clase a futuros profesores, por lo que decidí asistir a sus clases en las que utilizaba materiales y técnicas didácticos. Fue un gran acontecimiento para mí, que lo único que tenía entonces, recién terminada mi carrera, eran unas cuantas ideas matemáticas embrolladas. Su autoridad intelectual y el trato exquisito que daba a todos sus alumnos me impresionaron y marcaron la forma de relacionarme con ellos a lo largo de mi vida.”* Con esto está todo dicho, porque de la bonhomía del amigo y de la laboriosidad del compañero somos conscientes todos en la Sociedad Puig Adam.

Vaya por ello aquí este reconocimiento tan merecido; por él, y como representante de todos aquellos predecesores nuestros que, nacidos en los años 20, se esforzaron en condiciones muy complicadas y consiguieron que ahora estemos nosotros, construyendo sobre lo que ellos hicieron. Sin su labor, habría sido imposible.